

## INCULTURAR EL EVANGELIO EN LA IGLESIA DE HOY

*LA CIVILTÀ CATTOLICA.*

“Inculturare il Vangelo nell’Europa di oggi” [Editorial].  
3398 (18 gennaio 1992) 105-117.

Traduce y transcribe: Juan Manuel Díaz Sánchez.  
Instituto Social “León XIII”.  
Madrid, mayo de 2004.

El 14 de diciembre terminó la Asamblea especial para Europa del Sínodo de Obispos con una amplia *Declaración* articulada en cuatro partes: el significado de la hora presente en el horizonte de la fe cristiana y de la historia de Europa; el centro vivo y las muchas vías de la nueva evangelización; la necesidad del diálogo y de la cooperación con los otros cristianos, con los hebreos y con todos aquellos que creen en Dios; el compromiso de la Iglesia por la edificación de una Europa abierta a la solidaridad universal. Se trata de temas muy importantes que merecerían ser ampliamente comentados. Nosotros aquí nos detendremos particularmente sobre cuanto la *Declaración* dice sobre la nueva evangelización, con el fin de continuar –y concluir- los trabajos sobre la evangelización de Europa que nuestra revista ha tratado en dos editoriales precedentes (*Civ. Catt.* 1991 IV 325-336 y 433-445).

En el primero de estos editoriales hemos hablado de las condiciones sociales y religiosas en las que está llamada a desenvolverse la “nueva” –es decir, “segunda” y “renovada”- evangelización de Europa; en el segundo hemos examinado el método que se debe usar en la tarea de evangelización del continente europeo. Aquí queremos detenernos en los contenidos de esta evangelización.

\* \* \* \* \*

¿Qué debe anunciar la Iglesia católica, junto con las demás Iglesias de continente – ortodoxas y protestantes- a Europa? Evidentemente el anuncio del Evangelio debe tener en cuenta las condiciones religiosas en las que se encuentran aquellos a los que se dirige. Son principalmente los que no conocen el mensaje cristiano porque no les ha sido anunciado –y entre ellos hay muchos jóvenes- o porque ha sido anunciado sólo en la primera infancia, sin que después, con el paso de los años, hayan podido completar y profundizar su conocimiento del cristianismo, o porque han estado impedidos por prejuicios familiares y sociales para conocer el cristianismo auténtico; son los que “ignoran” todo o casi todo del cristianismo o tienen un conocimiento extremadamente vago y elemental e incluso equivocado. Existen después aquellos a los que les ha sido anunciado el Evangelio y que lo han rechazado, convirtiéndose en incrédulos, o se han hecho indiferentes en sus planteamientos, o lo han abandonado para adherirse a otras religiones o movimientos religiosos: son los que se han separado del cristianismo, pero conservan una cierta religiosidad. Por último, existen los que no sólo han rechazado el cristianismo, sino que se

han adherido al ateísmo y al materialismo: son los que se declaran ateos, materialistas o “sin religión”.

La *Declaración* tiene en cuenta, en lo que afecta al Este europeo, que se ha dado ahí el fracaso del socialismo real, pero que “sus heridas y sus herencias permanecen en el corazón de las personas y en las nuevas sociedades que están apareciendo”. Pero “el elemento característico, e incluso intrínseco, del sistema comunista en el plano práctico era el ateísmo programático y coercitivo”. Por otro lado, la *Declaración* observa que en el mundo occidental “se difunden una mentalidad y unos comportamientos que privilegian de forma exclusiva la satisfacción de los propios e inmediatos deseos y de los intereses económicos”. Después concluye: “aunque el marxismo impuesto con la fuerza caiga, el ateísmo práctico y el materialismo están muy difundidos en toda Europa: sin estar impuestos, y, al menos tampoco explícitamente propuestos, inducen a pensar y a vivir “como si Dios no existiera”. En resumen, “el clima espiritual de Europa está fuertemente marcado por el ateísmo, sobre todo práctico, y por el materialismo”. Destaca después que “al mismo tiempo persiste la búsqueda de la experiencia religiosa, aunque sea en una multiplicidad de formas no siempre coherentes entre sí y que con frecuencia conducen lejos de la auténtica fe cristiana”. Por tanto, “toda Europa se encuentra hoy ante el desafío de una nueva elección de Dios”.

En conclusión, mirando todo el panorama europeo bajo el perfil religioso, destacamos que son tres los grandes problemas que plantea a la evangelización la situación espiritual del continente europeo: el materialismo plantea el problema del hombre; el ateísmo plantea el problema de Dios; la búsqueda de nuevas experiencias religiosas plantea el problema de la fe cristiana. A estos tres problemas debe responder la “nueva evangelización” de Europa.

\* \* \* \* \*

Su punto de partida sólo puede ser la respuesta cristiana a la pregunta “¿qué es el hombre, cual es el sentido de su vida y cual es su destino?”. Si realmente fuera exacta la respuesta que a tal pregunta da el materialismo –“el hombre es un ser puramente material, que vive para satisfacer sus necesidades de orden físico, afectivo y cultural lo más plenamente que pueda y que con la muerte acaba en la nada, al igual que todos los seres vivientes”-, no tendría sentido el anuncio del mensaje evangélico. Esto presupone que el hombre es un ser material y espiritual: es decir, que tiene, además de un cuerpo material y mortal, también un alma espiritual e inmortal y que, por tanto, su destino no es puramente temporal y terrestre. Por eso antes de pasar al anuncio de Dios y de Jesucristo –que está en el corazón del mensaje evangélico- es necesario batirse en la brecha con el materialismo dominante, en el plano racional, filosófico y en el de la revelación cristiana: ¿qué dicen sobre el hombre, sobre su ser, sobre su naturaleza y sobre su destino la razón humana y la revelación divina?

Pero todavía antes se necesita tener una premisa: el anuncio del mensaje evangélico no puede -sin convertirse en fideísmo- prescindir de la razón humana ni de la ayuda que esta puede darles con el fin de hacerlo, no “racional” sino “razonable”, hasta el punto de que pueda ser aceptado por la razón humana, sin que esta esté obligada a adherirse a lo absurdo. Está claro, pues, que si una verdad cristiana estuviera en contraste radical con la razón, esta no podría aceptarla sin renegar de sí misma, que es precisamente lo que hace la razón humana cuando acepta el absurdo.

.....

Si la razón humana demostrara que el hombre es un ser simplemente material, al igual que todos los demás vivientes, y que con la muerte se acaba en la nada como ellos, hablar de alma inmortal, de vida eterna con Dios, sería para la razón un simple absurdo, que no podría “creer” sin renegar de sí misma. Pero precisamente un gran sector del pensamiento moderno profesa, sostiene el materialismo como filosóficamente fundado, negando por razones de orden racional, filosófico y científico, la existencia un alma espiritual e inmortal y afirmando que con la muerte acaba todo. Esta visión materialista del hombre ha penetrado de tal forma en la mentalidad del hombre moderno que, en el campo de las llamadas ciencias humanas –psicología, sociología- y en el campo de la biología, es para muchos un postulado indiscutible, una especie de “dogma” laico que un científico serio tiene que aceptar, salvo que cualquier “prejuicio” religioso les impida hacerlo. En consecuencia, antes de pasar al anuncio del mensaje evangélico, es necesario resaltar esta posición, mostrando que el materialismo, y no el espiritualismo, es un “prejuicio” filosófico y científico, y que la verdad sobre el hombre es la que expresa el espiritualismo.

Para que el mensaje evangélico pueda apoyarse en bases sólidas, es necesario hacer una labor de limpieza del terreno, mostrando que racionalmente el hombre es un ser material y espiritual a la vez, moral e inmortal y con un destino que no se agota en el breve intervalo entre su nacimiento y su muerte, sino que supera los límites del tiempo. Precisamente las conclusiones a las que llega la investigación filosófica sobre el hombre –espiritualidad e inmortalidad del alma, destino más allá de la muerte- preparan el anuncio del mensaje cristiano, porque plantean los problemas a los que la razón es incapaz de responder: si el hombre es un ser espiritual e inmortal, cuyo destino va más allá de la muerte ¿qué significa para él una vida espiritual e inmortal? ¿Qué hay después de la muerte física?

A estas cuestiones propiamente responde el anuncio del mensaje evangélico sobre el origen, la naturaleza y el destino del hombre. Este dice que el hombre ha sido creado por Dios a su imagen, o sea, como espíritu inmortal y como ser libre y responsable, por tanto distinto, por naturaleza, de todos los demás seres vivientes; que está destinado a vivir eternamente con Él, participando en su infinita felicidad; que en el arco de la vida terrena, el hombre, en cuanto ser libre y responsable, está llamado a amar y servir a Dios y a los hombres, sus hermanos, y a completar la obra de la creación, construyendo un mundo de justicia, de libertad, de fraternidad y de paz; que en su existencia terrena el hombre realiza su destino: si elige el amor y el servicio de Dios y de los hermanos, será feliz con Dios ya en su vida terrena y después eternamente en el paraíso; si vive para sí mismo, olvidando a Dios y a los demás, si vive en el rechazo y en el odio a Dios y hace el mal a los demás, quizá podrá también tener una existencia feliz sobre la tierra, pero será excluido del reino de Dios y vivirá eternamente sin Dios, y por tanto en la infelicidad eterna.

De manera especial, el mensaje evangélico da la solución al problema más angustioso del hombre: el de la muerte. Este dice que la muerte ha entrado en el mundo a causa del pecado, pero que Cristo, con su muerte y resurrección de entre los muertos, ha vencido nuestra muerte haciéndonos partícipes de su resurrección, a condición de que nos adhiramos a él con la fe y la caridad.



He aquí el primero de los puntos fundamentales del anuncio evangélico tal como debe hacerse hoy en Europa. Es un punto de gran importancia, porque la fe de los europeos en una vida después de la muerte, en un paraíso y en un infierno es muy débil y tiene carencias. De una encuesta presentada a la Conferencia Internacional organizada por la Fundación Agnelli sobre *La religión de los europeos. Fe y sociedad en la Europa de fin de milenio* (Turín 10-11 octubre 1991) resulta que, en el conjunto de los cinco grandes países de la Europa occidental (Gran Bretaña, Alemania Federal, Francia, Italia, España), cree en la vida después de la muerte el 43%, mientras que no cree el 38 % y no sabe qué responder el 19%, cree en el paraíso el 40%, no cree el 47% y no sabe responder el 13%; cree en el infierno el 23%, no cree el 64% y no sabe responder el 14%.

Por tanto es especialmente urgente –para responder a los graves interrogantes que muchos hombres, insatisfechos de la respuesta materialista, se plantean sobre el sentido de su vida y de su muerte- anunciar la esperanza cristiana de la vida eterna. Observa sobre esto la *Declaración* sinodal: “sin esta esperanza de la vida eterna, en la que todos los dolores y los males están superados, la persona humana está gravemente mutilada. La esperanza cierta, dada al hombre, de vivir eternamente con Dios, no disminuye la obligación del compromiso terreno, sino que le da su verdadera fuerza y su valor. Por esto debemos hablar con gran confianza de la inmortalidad del alma y de la resurrección de la carne. Este anuncio de gozo no debe faltar nunca en la nueva evangelización”.

\* \* \* \* \*

Si el materialismo mira el problema del hombre y de su destino, el ateísmo teórico y la indiferencia religiosa (que en muchos casos es ateísmo práctico) plantean el problema de Dios: el ateísmo teórico el de la existencia, la indiferencia religiosa el de su importancia para la vida del hombre. ¿Existe Dios? ¿Qué sentido tiene Dios para la vida humana, si esta puede ser vivida bien y felizmente sin Dios?

En la Europa de hoy el ateísmo teórico es un hecho minoritario. En realidad los ateos que explícitamente profesan la no-existencia de Dios son pocos. De la encuesta citada resulta que en el conjunto de los cinco grandes países de Europa occidental antes indicados, el 75% cree en Dios, no cree el 16% y no sabe responder el 9%. El problema es sobre todo: ¿en que Dios se cree? ¿Qué realidad se planta bajo la palabra “Dios”? Efectivamente, para muchos se trata de una Realidad muy vaga, sin contornos precisos, envuelta –más que en el misterio- en una niebla permanente, pero de la que por eso no se sabe decir casi nada. Para otros se trata, más que de un Dios personal y trascendente al mundo de una Realidad impersonal e inmanente al mundo, en la que se está inmerso y de la que se forma parte y se puede experimentar en ciertos momentos de éxtasis, por ejemplo, frente a las bellezas naturales. También para otros que tienen vagas reminiscencias cristianas, Dios es el juez severo de la conducta humana, que castiga a quien hace el mal con las desgracias, las enfermedades y la muerte.

En esta situación la obra de evangelización, incluso renovando las “vías” tradicionales del acceso de la inteligencia humana a la existencia de Dios a la luz de los progresos filosóficos y científicas, debe afrontar explícitamente este problema, sin darlo por descontado y, sobre todo, sin considerarlo prácticamente inútil o intelectualmente insoluble. La obra de

evangelización debe demostrar que la mente humana, libre de prejuicios, puede probar con argumentos racionales serios que Dios existe como Ser infinito, personal y trascendente; pero sobre todo debe anunciar al verdadero Dios, que es el Dios de la revelación cristiana, el Dios que Jesucristo nos ha hecho conocer de manera plena y definitiva.

Se trata, por una parte, de disipar la niebla en la que está inmersa la mente de muchos hombres de hoy cuando piensan en Dios o hablan de Él: Dios no es el Ignoto, el gran Desconocido, del que no podemos ni pensar ni afirma algo cierto, ya que Él, aunque inaccesible e incognoscible, se ha dado a conocer a los hombres, revelándose en su misterio más íntimo y profundo. Así, después de la revelación del Antiguo y del Nuevo Testamento nosotros podemos “decir Dios”, afirmando que Él es Uno en la naturaleza y en la sustancia divina, pero Trino en las personas, por lo que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

\* \* \* \* \*

Por otra parte se trata de mostrar a los hombres de hoy el verdadero rostro de Dios, como Jesucristo nos lo ha hecho conocer: Dios es el Padre de los hombres, es el Amor que salva. Por eso es Aquel que ama a los hombres, los colma de sus beneficios, tiene cuidado de ellos y los salva de mal, perdonando sus pecados y haciéndolos sus hijos al hacerlos partícipes de su naturaleza divina; es Aquel que ha creado a los hombres por amor, los ha dotado del don de la libertad y los ha destinado a ser eternamente felices con Él. Afirma la *Declaración* sinodal: “El centro de la nueva evangelización de Europa es: ‘Dios te ama. Cristo ha venido para ti’” Si la Iglesia predica este Dios, no habla de un Dios desconocido, sino del Dios que nos ha amado hasta tal punto que su Hijo se ha hecho carne por nosotros. Es el Dios que se aproxima a nosotros, que se comunica a nosotros, que se hace uno con nosotros, verdadero ‘Emmanuel’. Esta comunión la ha prometido el Señor no sólo para esta vida, sino sobre todo como victoria sobre el pecado y sobre la muerte, mediante la participación en su resurrección, y como amistad sin término cara a cara con Dios”.

Pero en lo que afecta al anuncio del Dios de Jesucristo, la nueva evangelización debe afrontar un problema mucho más dramático: el del sentido que Dios tiene para el hombre de hoy. Este parece vivir a su aire, sin tener necesidad de Dios: “¿Para que sirve Dios? ¿Acaso no se vive bien sin Dios?”. Más aún, “no se vive, quizá, mejor sin Dios, dado que con sus exigencias morales Dios impide al hombre vivir en la libertad plena y absoluta, sin estar oprimido por la ansiedad, los remordimientos y angustias interiores”? De esta forma, para muchos hombres de hoy Dios, es inútil o es, incluso, una idea opresora, fuente de neurosis y de angustia. Por tanto, no sólo no se puede pasar sin algo, sino que es mejor pasar sin algo y no caer en su trampa. La opción más sabia es, pues, la de no preocuparse de Dios, tomar las debidas distancias de la religión, sin implicarse en el problema sobre su existencia o no existencia, aunque respetando a quienes sinceramente hacen una opción religiosa y cristiana.

Pero ¿cómo hablar de Dios a personas que no desean sentir hablar de ello e interesar en el discurso religioso a personas indiferentes y sin interés en dicho discurso? Esto es ciertamente el problema más arduo que debe afrontar la nueva evangelización de Europa, que, en efecto, cuenta con un número muy elevado de personas religiosamente indiferentes, personas que no se plantean el problema religioso. En realidad es más fácil hablar a los

ateos declarados, porque, aunque lo resuelvan negativamente, al menos, se plantean el problema de Dios, y por eso se puede entablar con ellos un diálogo, siempre que lo acepten (lo que no siempre sucede, ya que para tales ateos el discurso de Dios ha terminado y no tienen ninguna intención de volverlo a tratarlo, ni siquiera para afirmar su ateísmo).

En realidad al anuncio del mensaje cristiano debe actualmente atravesar en Europa el desierto de la indiferencia religiosa, precisamente hablando “en el desierto”. La Iglesia debe, pues, anunciar el misterio de Dios también a los indiferentes, “escuchen o no escuchen” según la palabra de Dios al profeta Ezequiel: “me dijo: ‘Hijo de hombre, yo te envío a los israelitas, a la nación de los rebeldes, que se han rebelado contra mí [...] Los hijos tienen la cabeza dura y el corazón empedernido; hacia ellos te envío para decirles: Así dice el señor Yahveh. Y ellos, escuchen o no escuchen, ya que son una casa de rebeldía, sabrán que hay un profeta en medio de ellos” (Ez 2, 3-5).

No se trata, de ninguna manera, de un anuncio inútil, porque bajo el influjo de la gracia de Dios, que siempre acompaña a la predicación cristiana, también en el desierto más árido puede aparecer la flor de la fe, pudiendo la palabra de Dios alcanzar al corazón de las personas incluso más alejadas. Tanto más que bajo la coraza de la indiferencia religiosa se pueden esconder esperanzas y anhelos que sólo Dios puede satisfacer. No en vano, en efecto, precisamente las personas religiosamente más indiferentes, especialmente en determinadas situaciones dramáticas de su existencia, se plantean con singular agudeza el problema del sentido de la vida y del destino del hombre: pueden entonces encontrar a Dios, que es el único que da una solución a este problema.

\* \* \* \* \*

La nueva evangelización debe afrontar hoy en Europa no sólo el materialismo y el ateísmo sino también las nuevas formas de religiosidad, que se sitúan en oposición radical al cristianismo y le niegan cualquier pretensión de ser, no una religión como las otras, sino “la verdadera religión”. Muchas de estas nuevas religiones asignan en el mismo universo religioso un puesto relevante también a Jesucristo, pero niegan que Él sea el Hijo de Dios hecho hombre. En realidad el problema de Cristo es desde hace tres siglos, o sea, desde los tiempos del Iluminismo, el gran problema de Europa: la pregunta “¿quién es Jesucristo?” atraviesa, desde el siglo XVIII, la historia cultural del continente. La crítica histórica se ha ejercido sobre su figura más que ningún otro personaje de la historia humana.

Pero, sobre todo, habiendo partido de presupuestos racionalistas e inmanentistas; - es decir, del negativo prejuicio del sobrenaturalismo y de cualquier intervención de Dios en la historia humana- con mucha frecuencia la crítica histórica ha llegado a negar la existencia de una revelación divina, a equiparar las Sagradas Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento con obras profanas y a considerar mítico y legendario su contenido. En particular, ha negado el valor histórico de los evangelios, llegando a afirmar que del Jesús histórico nosotros no sabemos prácticamente nada, salvo que, por oscuros motivos, fue llevado a la muerte bajo el procurador romano Poncio Pilato; ha negado la divinidad de Jesús y su resurrección, atribuyendo a la primera comunidad cristiana y, sobre todo a Pablo, el mérito de haber hecho de Jesús un personaje divino, siguiendo el ejemplo de las religiones místicas que florecieron en la cuenca mediterránea en el primer siglo de la era

cristiana. Al mismo tiempo que la crítica histórica, racionalista y positivista destruía las bases del cristianismo, reduciendo a Jesús, algunas veces, a un personaje mítico, pero con mucha más frecuencia a un profeta o a un predicador exaltado por el inminente fin del mundo, o incluso a un cabecilla popular que predicaba la rebelión contra la autoridad romana, por lo que fue crucificado por Pilato, el socialismo se apropiaba de la figura de Jesús, haciéndolo un revolucionario a quien mató el poder romano por sus ideas subversivas. En los últimos decenios, precisamente la figura del Jesús político y revolucionario la han tomado como modelo los movimiento contestatarios y revolucionarios, y la han contrapuesto a la Iglesia conservadora y aliada con los poderosos, que oprimen a los pobres.

El rechazo de la divinidad de Jesucristo hecha, por un lado, por la crítica histórica y, por otro, por movimientos revolucionarios ha sido retomada bajo forma distinta por nuevos movimientos religiosos, que no niega a Jesús una determinada cualidad divina, sino que afirman o que Jesús pertenece a la esfera de lo divino, pero sin ser verdadero Hijo de Dios (testigos de Jehová, mormones y otros movimientos de origen cristiano), o que se coloca en la cadena de los grandes iniciados y lleva a una revelación secreta y superior (gnosticismo, movimientos esotéricos), o es una de las manifestaciones históricas de lo Divino y por tanto se coloca junto a Krishna, a Rama y a Buda (movimientos de inspiración oriental). También el hebraísmo y el islam aceptan a Jesús, pero para los hebreos Jesús ha sido un hebreo pío, condenado a muerte injustamente por la autoridad romana, que después Pablo y la comunidad cristiana primitiva han divinizado abusivamente. Y para el islam Jesucristo es un musulmán piadoso y un gran profeta, inferior sólo a Mahoma, y es el “sello de los Profetas”, enviados por Dios a los distintos pueblos, pero no es el Hijo de Dios, porque sería una blasfemia afirmar que Dios pueda tener hijos. Está dicho en el *Corán* (sura XIX, 88-92): “el Misericordioso, dicen los malvados, ha tenido un hijo. Habéis dicho una cosa monstruosa. No, no se añade al Misericordioso el haber tenido un hijo”.

Así que la nueva evangelización debe tener como su centro el anuncio de que Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre en la figura histórica de Jesús de Nazaret; que Él es el único y universal salvador de los hombre, porque “ningún otro puede salvarnos, pues en la tierra no existe ninguna otra persona a quien Dios haya constituido autor de nuestra salvación” (Hec 4, 12); que en Él y por medio de Él Dios se ha revelado definitiva y plenamente a los hombres, de manera que Jesús es la luz del mundo, el pan de la vida, el Camino, la Verdad y la Vida. La tentación para la Iglesia hoy es la de anunciar los “valores cristianos” de la solidaridad, de la justicia, de la fraternidad y de la paz antes de anunciar a Jesucristo y sin unirlos directamente a tal anuncio, ni como consecuencia del mismo. Es una tentación fácil, porque los valores cristianos se aceptan con más facilidad que la fe en Jesucristo. Pero debemos darnos cuenta que los valores cristianos son “valores” en la medida en que se unen a Jesucristo y se fundan en Él. Observa la *Declaración* sinodal en relación con esto: “para la nueva evangelización no es suficiente prodigarse en difundir los ‘valores evangélicos’ como la justicia y la paz. Sólo si se anuncia la persona de Jesucristo, la evangelización se puede llamar auténticamente cristiana”. Se recuerda lo que escribía Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* (n. 22): “no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios”.



Indudablemente también en Europa debe promoverse el diálogo interreligioso, en particular con los hebreos, los musulmanes y los creyentes de otras religiones, para cooperar en la “construcción del nuevo orden europeo y mundial”, o para un mejor conocimiento recíproco de las diversas tradiciones religiosas, de las que deberá salir una mutua estima, comprensión y amistad. Pero –observa también la *Declaración* sinodal- “el respeto de la libertad y la conciencia justa de los valores que se encuentran en las demás tradiciones religiosas no deben inducir al relativismo, ni debilitar la conciencia de la necesidad ni la urgencia del mandamiento de anunciar a Cristo. En el presente contexto pluralista, la elección de la Iglesia no es el relativismo, sino un diálogo sincero y prudente, que ‘lejos de debilitar la fe la hará más profunda?’”.

\* \* \* \* \*

También es necesario tomar viva conciencia del hecho que el anuncio explícito de las verdades esenciales de la fe cristiana y de las exigencias morales que derivan de ella, y que no pueden separarse de ella, encuentra tres obstáculos graves. Principalmente encuentra el rechazo racionalista y laicista, que no sólo rechaza un *status* público para la religión, reduciéndola a un hecho privado que se desarrolla en la conciencia de cada uno, sino que defiende la predicación moral y social de la Iglesia como una interferencia indebida en la vida de los ciudadanos y del Estado, cuyas leyes no pueden ni deben tener en cuenta la moral que enseña la Iglesia. En segundo lugar, encuentran un rechazo radical, que juzga la moral católica como opresora y represiva, o sea, un conjunto de tabúes nocivos para el desarrollo de la persona a la que coarta en su libertad, por lo que es necesario “liberar” a la humanidad. Ahí están los movimientos de “liberación” sexual, de la droga, “por una muerte digna del hombre” (eutanasia) etc...

En tercer lugar, encuentra, entre los mismos católicos, el llamado fenómeno de la “privatización” y de la “subjetivación” de la fe y de la moral cristiana, por el que se aceptan las verdades de la fe y las exigencias morales relacionadas con ella sólo en la medida en la que se consideran importantes para la propia vida y responden a las propias exigencias y expectativas y, en cambio, se rechazan si no están conformes con la manera propia de ver y de creer, y también si se entienden demasiado pesadas y exigentes y, por eso, se rechazan pues llevan a la infelicidad y a la angustia. En realidad son muchos los cristianos que hoy se construyen una fe propia y una moral propia, recortando de la fe y de la moral que enseña la Iglesia lo que les conviene y apartan lo restante, como no importante o al menos como no obligatorias en conciencia. Se trata de un fenómeno en parte nuevo, que se ha asentado en el mundo católico sólo en los últimos decenios y con el que hoy la nueva evangelización se debe enfrentar de manera seria, insistiendo en el hecho de que la fe cristiana y la moral cristiana tienen una validez objetiva, porque son palabra de Dios y no palabra de hombres, que pueden valorarse, discutirse y, si llega el caso, ser rechazadas.

La privatización y la subjetivación de la fe y de la moral plantean el problema, hoy vital, de la relación entre verdad y libertad. Es, en efecto, hoy principal la tendencia a exaltar la libertad a costa de la verdad objetiva, también a sostener como verdadero sólo lo que no dificulta el ejercicio de la libertad absoluta y sin otros límites, que los que ponen el ejercicio de la libertad de los otros. Surge, en cualquier caso, una antítesis entre verdad y libertad, que es necesario superar, afirmando con fuerza que el hombre no se realiza si no es en la adhesión a la verdad



objetiva y que la libertad, separada de la verdad, se convierte en pura arbitrariedad irracional y destructiva de la persona y de la comunidad.

Pero lo de la relación entre verdad y libertad no es más que uno de tantos problemas de la cultura europea actual, tal como se ha venido formando desde el s. XVI hasta hoy, y que está profundamente marcada por el subjetivismo, por el historicismo relativista y por una idea de libertad que tiende a poner cada vez más adelantados los propios límites, hasta convertirse en absoluta. Así se plantea el problema crucial de la evangelización del continente europeo: el de la “inculturación” de la fe cristiana en el mundo moderno y postmoderno. “La evangelización –observa la *Declaración* sinodal- debe alcanzar no sólo a los individuos, sino también a las culturas. Y la evangelización de la cultura lleva consigo “la inculturación” del Evangelio. Este compromiso en su nueva situación cultural de Europa, caracterizada no sólo por la modernidad sino también por la llamada postmodernidad, implica un desafío al que debemos responder lo mejor posible. Para lograrlo es indispensable la aportación de mujeres y de hombres de cultura y de teólogo en cordial sintonía con la Iglesia”.

La inculturación de Evangelio en la Europa de hoy debería ser facilitada porque este continente tiene profundas y sólidas “raíces cristianas”, en el sentido de que la fe cristiana forma parte de manera decisiva, del fundamento permanente y radical del mismo, porque ha penetrado en la civilización europea algunos principios, esenciales para la convivencia humana, como el de un Dios trascendente y libre que tiene cuidado y ayuda a los hombres y con la encarnación de su Hijo ha entrado en la vida de los hombres y ha dado a su historia un sentido nuevo y trascendente, el de la dignidad de la persona humana y los de la igualdad, de la fraternidad y de la solidaridad entre los hombres, llamados a formar una única y gran familia humana bajo la mirada de Dios, Padre de todos.

Pero se debe destacar que tales valores con frecuencia han sido arrancados de su raíz religiosa y cristiana y secularizados de manera profunda y radical. Así hoy es difícil reinsertarlos y vivificarlos con la savia cristiana. En particular, el principio cristiano de la libertad del hombre y de su conciencia ante las fuerzas de la naturaleza y ante el poder tiránico del Estado, en el mundo moderno se ha transformado en autonomía absoluta ante Dios y ante su ley moral, hasta convertirse en un liberalismo radical e incluso en erigir al sujeto, individual o colectivo, en un árbitro absoluto en el campo religioso y moral.

\* \* \* \* \*

La tarea de la nueva evangelización de Europa aparece así estrechamente ardua y compleja, de manera que sólo la confianza en la acción y en la fuerza del Espíritu Santo puede dar a la Iglesia el coraje de afrontarla. Está claro, además, que la obra de evangelización puede llevarla adelante con éxito una Iglesia “evangelizada”, o sea, alimentada por la palabra de Dios y por la Eucaristía, pobre y ajena a cualquier forma de poder y de esplendor mundano, humilde y solidaria con los pobres, los pequeños y los marginados, unida en la caridad, abierta a todas las necesidades humanas, pacificada y portadora de paz y de fraternidad en una Europa dividida por rivalidades, por odios nacionalistas, por disputas seculares y tentada por encerrarse en su egoísta bienestar. Una Europa, por tanto, que debe ser estimulada para que tome conciencia de sus deberes de venir al encuentro tanto de los pueblos del Este europeo, como de los pueblos del Sur del planeta, que está atenazado por una atadura mortal, constituida por el hambre, el

monto sofocante de la deuda internacional, por las guerras civiles y por las rivalidades tribales y, por último, especialmente en lo que mira al África Central, por el flagelo aparentemente imparable del SIDA.

Así que es un grave escándalo que, mientras que bajo la presión estadounidense Europa ha intervenido con fuerzas en la guerra del Golfo para combatir contra los sueños hegemónicos de Saddam Hussein, en cambio no se haya comprometido para pacificar el área balcánica, sometida a una guerra absurda y conducida con métodos particularmente crueles. La Iglesia ha hecho sentir su voz, además de ir concretamente en ayuda de las poblaciones castigadas. También en el Sínodo los obispos de Croacia han denunciado la terrible violencia de una guerra que no cesa de destruir su patria. Pero la voz de la Iglesia se ha perdido en los meandros de las cancillerías europeas, empeñadas en complicados juegos diplomáticos. Sólo recientemente en el área de los balcanes, bajo la presión de las Naciones Unidas, algo ha comenzado a moverse. Pero la vía de la pacificación es demasiado larga y difícil y todavía queda mucho espacio para las naciones europeas, especialmente para Italia, que ve castigadas, por la furia de la guerra, regiones y poblaciones muy próximas a ella por vínculos de sangre y por tradiciones culturales y religiosas.

Aparece así, de forma cada vez más evidente, la doble tarea que la nueva evangelización de Europa impone a la Iglesia: la del anuncio del Evangelio y la de la construcción de la paz, estrechamente unido a ella, proclamando y defendiendo sus ineludibles condiciones, que son el respeto a la dignidad de la persona humana y de su libertad, la justicia entre los pueblos y la solidaridad entre todos los hombres

*LA CIVILTÀ CATTOLICA*



